

—¿Jugar? Eso no puede ser. Es preciso que os llevemos a Ambrosio Paré.

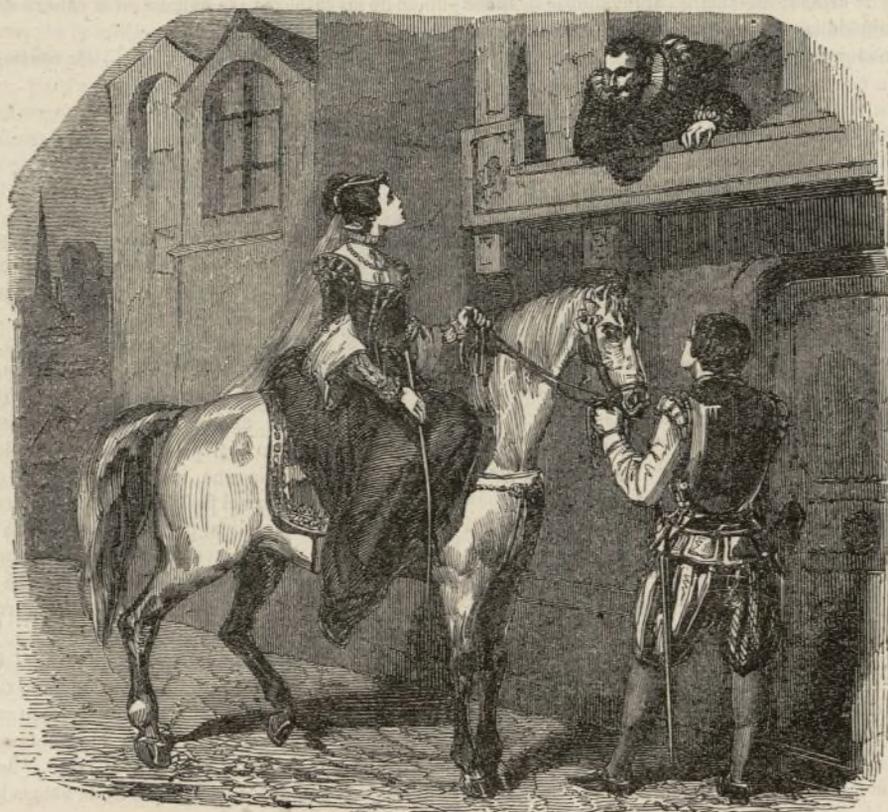
—No merece la pena.

Los convidados, notando la buena inteligencia que se habia restablecido entre los dos campeones, por uno de los cuales habian tomado abiertamente partido, se retiraron á una pieza inmediata, y concertaron entre sí los medios de abatir el orgullo de aquel hugonote. Todos habian bebido, de modo que no eran dueños de sus palabras ni acciones. El capitán Losa no estaba allí para hacer respetar á su huésped, y los sentimientos de ódio que el capitán Salavoz habia enérgicamente manifestado contra todo lo que perteneciese á la religion reformada, existian de larga fecha

en el corazon de todos los católicos. Hablaron de los últimos sucesos; del matrimonio del rey de Navarra con Margarita de Valois; del atentado de Maurebert contra la persona de Coligni; de la retirada de los Guisas desterrados de la corte, y de los complots secretos del partido protestante contra el rey y la reina. El vino, que bebían á vasos llenos, acabó de acalorar mas y mas los ánimos, y formaron el proyecto de arrojar ignominiosamente de allí á Hibes de Curson, y maltratarle si se atrevía á resistirse.

—Aquí apesta á hugonote, dijo uno de los mas borrachos y de los mas fanáticos de la banda.

—Se ruega al señor hugonote que desocupe este sitio ahora mismo, añadió el promotor del complot.



¡Una muger!... esclamo Savereux.

—Si no salís bien pronto por la puerta, corréis riesgo de salir por la ventana.

—Recordaos que en la casa de enfrente, en un piso cuarto, Maurebert, un digno y honrado caballero, dirigió una bala de arcabuz á ese condenado almirante.

—¿Qué quiere decir esto? exclamó el señor de Curson, levantándose indignado y echando mano á la espada.

—¿Quiénes son esos mal creyentes? exclamó Jacobo de Savereux colocándose al lado del calvinista, y sacando también su espada.

—Caballeros, si hay alguno entre vosotros que tenga que quejarse de mí, mañana le aguardo en los fosos del Prado.

—Y si alguno quiere venir con segundo, yo soy el segundo del señor de Curson.

—¿Y qué, Savereux, apostatarías y os harías calvinista? dijo uno de los borrachos.

—Aquí somos diez y seis católicos, dijo otro: encontradme igual número de hugonotes.

—¡Vive Dios! que me hallareis entre estos hugonotes; respondió Savereux, cuya embriaguez y sueño se disiparon al momento, con noble y generosa indignación.

Venid conmigo, señor de Curson; no permanezcamos mas tiempo en este antro de bestias feroces.

—Yo he perdido contra vos setenta mil escudos, le dijo Hibes, á quien aquella pérdida habia dejado profundamen-

te triste: mañana los tendreis, señor de Savereux, pues que somos hermanos de armas, como yo lo soy ya con Pardillan.

—Marchad, esbirros de Ginebra; gritó el mas insolente de los caballeros católicos.

—Hasta mañana, caballeros; añadió Hibes. Mañana nos veremos en el Prado, al dar el toque de medio dia; y el Señor ayude á los buenos contra los malos.

El señor de Curson volvió á Jacobo de Savereux el oro que habia recogido sobre la mesa, y le echó al cuello la cadena que se habia quitado del suyo. En seguida le cogió del brazo para sostenerle y ayudarle á andar. Con un paso lento y pesado salieron juntos de la casa, sin que nadie los inquietase ni siguiese.

—Hermanos de armas; exclamaron abrazándose despues de haber envainado las espadas, cuando se hallaron en la calle. Sí, hermanos de armas á vida y muerte.

—No vayais con la cabeza descubierta, gentiles hermanos de armas; les gritaron desde lo alto de la ventana: podiais coger un resfriado, ó una perlesia; aunque la noche será caliente!

Y les echaron sus sombreros que habian dejado olvidados con la precipitacion de su salida. Los recogieron, dirigiendo amenazas á los autores de aquella insolente despedida. La ventana se habia vuelto á cerrar enmedio de las carcajadas, que respondieron únicamente á sus imprecaciones. Se alejaron sin notar el involuntario cambio que habian hecho de sus sombreros: el de Mr. de Curson, con su lazo de perlas y su presilla de oro, se hallaba en la cabeza de Jacobo de Savereux; y el sombrero viejo y usado en el que Savereux habia puesto la cruz blanca, signo de union de los católicos, se hallaba en la cabeza del caballero hugonote.

(Se continuará.)

ESTUDIOS RECREATIVOS.

LOS ARENQUES DE WILLEN BEUKELS.

Si se estudia la historia del comercio y la navegacion de los pueblos modernos, se nota que únicamente en la aurora del siglo IX fué cuando Carlo-Magno, previendo las invasiones de los piratas del Norte, cubrió las embocaduras de los rios de la Francia de numerosos bageles. Los pescadores de la Bretaña, de la Flandes, de la Holanda, de la Frisia, uniéndose á las ligeras embarcaciones que partian de las costas de la Escocia, fueron con alguna escolta á la pesca del arenque.

Las escursiones de los normandoe suspendieron muy pronto los abundantes productos de una industria tan fecunda; pero cuando los bárbaros del Norte, despues de haber devastado durante sesenta años las antiguas Galias, se establecieron en la parte de la Francia que tuvo que cederles el rey Carlos el Simple para conservar el resto de sus dominios, y que se llamó de su nombre Normandía, los mares estuvieron más tranquilos y seguros. Los atrevidos pescadores flamencos, sin tener necesidad de los escoceses, volvieron á emprender sus lejanas expediciones.

La inmensa cantidad de arenques que traian todos los años, contribuyeron poderosamente á establecer la riqueza del pais. Vendíase como un alimento exquisito este delicado pescado en todas las comarcas de los Paisjes Bajos, de la Picardía, y hasta en la Isla de Francia; pero como no sabian conservarlas, era un manjar que no tenia sino su estacion propia.

Se ve, pues, que en el año 1220, el arenque era ya para la Flandes, la Holanda y la Zelandia, un ramo de vastísimo comercio. Sabido es hasta que punto increíble se multiplica este pescado, y es probable que las pescas mas activas destruirian difícilmente su raza. No es como la ballena, cuya especie concluirá bien pronto de perderse.

En el año 1397, la pesca del arenque fué tan abundante, que no se sabia que hacer de él. Los pescadores de Bier-

vliet volvian al puerto á duras penas; tan cargadas estaban sus barcas, pudiendo dificultosamente surcar el brazo del Escalda que bañaba los muros de su pequeña poblacion.

—Oh! si pudiese conservarse este pescado, decian, y mandarlo á Alemania, al Mediodía de la Francia, á Inglaterra, esta maravillosa pesca haria nuestra fortuna.

Habia en aquel año en Biervliet un jóven pescador lleno de ánimo. Hijo del pais, habia visto todos los años durar la abundancia una rápida estacion y desaparecer despues. Juzgaba por el fácil despacho del arenque, cuan gran partido se sacaria si pudiese trasportarse á paisjes remotos. Meditó, hizo ensayos, y despues de numerosas esperiencias, encontró un procedimiento de que no nos admiramos hoy: porque como es sencillo nos parece fácil.

Sin embargo, ha sido preciso genio para imaginar el carton, y los rusos, en tiempo de Pedro el Grande, no conocian todavia el uso de la sierra. Cuando Cristóbal Colon desafió á sus convidados á que hiciesen mantener un huevo derecho, despues que todos lo intentaron en vano, lo rompió por la punta y mantuvo recto.—Así era fácil, dijeron los convidados.—¿Por qué no lo habeis hecho, pues? respondió Colon.

Willen Beukels de Biervliet, que era el jóven pescador de quien acabamos de hablar, no estaba seguro de la duracion que podria tener el procedimiento conservador y quiso experimentarlo de su cuenta y riesgo antes de comunicarlo.

Mientras sus amigos se apresuraban á vender los arenques de su grande pesquería de 1397, él almacenó los suyos, que eran en enorme cantidad. Declaró que hacia un ensayo para el bien general, que no venderia sino tres meses despues el pescado, y que si salia bien de su esperiencia conocerian todos los pescadores, sus conciudadanos, para la estacion próxima, una invencion que debia enriquecerlos para siempre.

Esta atrevida empresa escitó un vivo interés en todos. Los que conocian á Willen Beukels esperaban mucho de

su habilidad; otros se reían de él y lo veían ya obligado á tirar al mar su pescado echado á perder; compadeciéndose otros de que perdiese así su tiempo y algunos centenares de toneles de arenques, de que hubiera podido sacar, á pesar de su baratura, una buena suma. Nada le conmovió.

Hacia ya tres meses que no se comían arenques, cuando Willen abrió sus almacenes. Todo se encontró en el mejor estado. Hizo llevar á todas las casas de Biervliet uno de los arenques conservados por su método. Este singular proyecto escitó en todas partes los transportes de la admiración y la alegría. Los arenques se hallaban perfectamente conservados. Todos los pescadores vinieron á felicitar á Beukels y á estrecharle la mano.

—Si cumplís vuestra palabra, le dijeron, seremos todos ricos y os deberemos nuestra riqueza.

—La víspera de la próxima salida para la pesca, respondió, me comprometo de nuevo á comunicaros á todos mi invención; pero no puedo decir nada todavía; necesito un año para asegurarme de que no me he equivocado.

Desde entonces hubo en todas las bocas un unánime concierto de alabanzas para el joven pescador. Sus camaradas conocían que hubiera podido sacar para su fortuna un inmenso partido personal con su feliz invención; hubiera podido comprar á poco precio la pesca de sus compañeros y explotar él mismo en grande aquel vasto comercio: quiso, empero, ser generoso. No por eso dejó de sacar desde aquel primer año considerables ganancias: no se hablaba mas que de los arenques de Willem Beukels: como no era la estación de aquel pescado todo el mundo quería comer de él; y aumentó así de precio á medida que se iban disminuyendo sus almacenes.

Aguardando el día en que Willen debía comunicar su secreto, impacientes muchos pescadores habían hecho mil ensayos para imitar á su camarada: ninguno les había salido bien, lo que hacía ver que el arte de salar y prensar el arenque no era una invención tan fácil; y los que encontraban este título de gloria poco admirable y fácil ej arreglar en los barriles los arenques y conservarlos un año entero sin alteración, llegaron á conocer que se necesitaba para esto mas ciencia de la que se creía.

La víspera del día en que debía abrirse el año 1398 la pesca del arenque, habiendo reunido Guillermo Willen Beukels á todos los pescadores, les dijo:

—Ante todo, amigos míos, debo declararos, que según la experiencia que he hecho, y según todos mis ensayos, el arenque cogido antes del 25 de junio no se conserva.

—Debo añadir, dijo también en su sencilla creencia, que es preciso respetar al rey de los arenques, si se quiere que sean felices las pescas.

Después de estas pocas palabras, desenvolvió generosamente y sin restricción ninguna todos sus descubrimientos, y el mecanismo de su proceder. Gritos de reconocimiento bendijeron su nombre.

Desde aquel año la pesca del arenque fué mas activa que nunca. Se comió arenque todo el año, se mandaron á todas partes, hasta Lyon, hasta Dresde y Strasburgo. Todas las costas de la Flandes y la Holanda vieron decuplicada su opulencia. Para juzgar de la importancia del servicio hecho por el pescador de Biervliet, cuéntase un curioso pasaje de Felipe de Maizieres, que escribía á fines del siglo XIV, y que refiere en el *Sueño del viejo peregrino*, li-

bro 4.º, cap. 49, que yendo á Prusia por mar fué testigo de la pesca del arenque.

«Es comun fama, dice, que hay cuarenta mil buques que no hacen otra cosa durante dos meses, sino pescar el arenque. En cada buque hay lo menos seis personas: y ademas quinientos buques mas, grandes ó pequeños, que no hacen mas que recoger y salar la pesca que cogen los buques pequeños. Así, pues, hay trescientas mil personas ocupadas en esta industria...»

Lo que vió Felipe de Maizieres habia sucedido algun tiempo después del descubrimiento de Beukels. Limitábase entonces á salar el arenque, lo que podia conservarlo una semana ó dos. He aquí la manera de salarlo, de empaquetarlo y de sazonar este pescado, imaginada por Willen Beukels, y practicada hasta hoy.

Inmediatamente que está el arenque fuera del mar, le cortan la cabeza, le sacan las entrañas, le lavan en agua dulce, y le meten en la salsa poniéndole en una cuba llena de una fuerte salmuera y agua dulce y sal marina, donde permanece de doce á quince horas. Al salir de la salsa se le escama. Suficientemente escamado, se le coloca bien cubierto en el fondo del tonel, y encima una capa de sal. Esto es lo que se llama el arenque blanco, el arenque salado, y algunas veces en el comercio, el arenque *peck*.

Para los arenques que deben ser salados y ahumados, se les deja doble tiempo en la salsa. Se les pone en un asador, es decir, se les enfila por la cabeza por medio de una varita de madera, se les cuelga en una chimenea hecha á propósito, y bajo la que se enciende un fuego de leña lento, que se dispone de modo que dé mucho humo y poca llama. El arenque permanece así hasta que suficientemente se ha ahumado, lo que sucede ordinariamente á las veinte y cuatro horas. Se pueden ahumar á la vez hasta diez mil.

Willen Beukels, rico y considerado, murió cargado de años en la época mas espléndida de la casa de Borgoña, en 1449, sin haber abandonado jamás la profesion en que habia nacido. Los pescadores sus amigos, no olvidaron que le debían su fortuna y comodidad. Levantaron en Biervliet un monumento sobre su sepulcro.

Otro hecho notable es, que desde el día en que Willen Beukels enseñó á los pescadores este arte tan útil, se estableció por su consejo un uso que ha sido siempre respetado, y que se observa en nuestros días. Todos los años á principios de junio, no se marchan á la pesca del arenque, desde el capitán de navío hasta el último grumete, sin ir á jurar ante el burgomaestre de la ciudad, no arrojar las redes al mar antes del 25 de junio, á la una después de la media noche.

Prestado el juramento, todo gefe de buque recibe un certificado que atestigua haber sido cumplida la ordenanza, y un cañonazo anuncia á la escuadra de buques pescadores la hora en que pueden dejar caer sus redes. Hasta entonces nadie hace mas que buscar el banco de arenques, inmensa columna que viene, como se sabe, del mar Glacial.

Hay costumbre de volver á echar al mar el pescado que precede ordinariamente á la columna, que los marinos llaman *pario* ó rey del arenque. Los pescadores se conforman escrupulosamente con este uso. La embarcación que ha cogido el primer arenque es saludada por toda la escuadra. En Holanda aquel primer arenque era en ot

tiempo presentado solemnemente al burgomaestre de Amberes y recompensado con una medalla de oro. En nuestros días se ofrece al rey: una suma de dinero es la recompensa.

En el año 1536, el emperador Carlos V, visitando los trabajos fortificados de las costas, fué á Sas, á Gante y á Sendick. Iba acompañado de la reina viuda de Hungría, su hermana, y una parte de su corte. Segun su costumbre preguntó que habia que ver allí.

—Nada en Fiendick, señor, respondió el piloto que conducía la lancha en que daba Carlos V su paseo; pero si V. M. quiere visitar á una buena legua de aqui la fortaleza de Biervliet verá allí una gran cosa, el monumento de Willen Beukels.

Al pronunciar este nombre el hijo de la mar se quitó su sombrero cubierto de alquitran: una sencilla espresion de respeto habia animado su rostro.

—¿Quién es ese Beukels? dijo Carlos V.

Sonrojóse el piloto; parecia contristado con la pregunta: no concebía que se ignorase un nombre tan venerado. ¡Pobre piloto! ¿Qué diria hoy si viese que en esas inmensas y voluminosas biografías cargadas de tantos nombres

inútiles en el momento en que escribimos, todavía no ha encontrado un lugar Willen Beukels?

—Señor, respondió el piloto con cierta solemnidad, Willen Beukels es el hombre que inventó el arte de salar y prensar los arenques.

—Y de perfumarlos, añadió un pescador, porque á él debemos también el comer arenque abumado.

—Ha hecho la riqueza de Flandes y Holanda, respondió gravemente Carlos V. ¡honor á los hombres útiles! El fuerte de Biervliet es poca cosa, pero iré á saludar el sepulcro de Willen Beukels.

Aquellas palabras hicieron olvidar pronto la desgraciada pregunta. Un grito de alegría y reconocimiento resonó entre todos aquellos buenos marinos. El emperador se embarcó con su comitiva. Todos los que se hallaron presentes allí le sirvieron de acompañamiento: y cuando se vió á Carlos V, á la reina su hermana y su brillante corte inclinarse ante la tumba del anciano pescador, gozó Biervliet una de esas funciones, uno de esos espectáculos que no olvidan jamás las generaciones.

JOSE MUÑOZ Y GAVIRIA.

ESTUDIOS DE HISTORIA NATURAL.

EL COGEDOR DE NIDOS DE AGUILAS.

Volvíamos algunos amigos y yo, en una hermosa tarde de febrero, bastante cansados de una pesca de cangrejos y truchas, que fué muy desgraciada dejando vacías nuestras redes. Ibamos trepando por los primeros peñascos de la falda de los Alpes, al lado del Delfinado, cuando notando á lo largo de las rocas cantidad de manchas blancas, me detuve pensando y tratando de adivinar que pájaro podria dejar aquellas huellas como de yeso.

—¿Qué nidos de buhos habrá hallá arriba? pregunté á mis compañeros.

—Un novelista como vd. debería conocerlos mejor, me respondió uno de los que vivían á una legua de aquel sitio; son *lemmer-geyer* que han edificado su nido en esas rocas; he visto mas de una vez á esos famosos bandidos, desgraciadamente siempre fuera de tiro.

No tenia todavía en mi colección ninguna de esas gigantescas águilas barbudas, de esos *gipacteos*, que los abisinios llaman *padre de varbe parge* y los suizos *lemmer-geyer*, el buitre de los carneros; no se me habia presentado hasta entonces ninguna ocasion de observar sus costumbres. Resuelto á aprovecharme de esta, decidí á mis amigos á detenerse y pasamos por medio de una multitud de rocas, empleando un tiempo que me pareció largo. Independientemente de la humedad que experimentaba, se hallaba provocada mi impaciencia por la continua charla de mi vecino, enemigo jurado de la buscada especie, terror de las imaginaciones helvéticas. Imposible imponerle silencio; mientras adelantábamos me aturdió los oídos con todos los males que habian hecho aquellos habitantes emplumados de las rocas que parecia teníamos sobre nuestra cabeza, sino tambien contra toda la roca entera. Habia sabido por su abuelo que en su tiempo un

niño grueso y fuerte, de edad de tres años, hijo de un paisano del Tirol; se vió repentinamente entre las garras de un *lemmer-geyer*, y solamente habia debido su salvacion á la dificultad que tienen aquellos inmensos pájaros para toma su vuelo en terreno llano. Mientras que el ave de rapiña estaba sobre su presa, corrió el padre á los gritos penetrantes de su hijo, y cayó sobre ella con un palo en la mano. Tuvo que dejar la presa para defendérse, y el pájaro combatió valiente y tercamente hasta que al fin quedó muerto.

—¡Silencio!... el mas ligero murmullo puede asustarlos: ven de lejos y oyen lo mismo; escondámonos y callémonos.

—¡Oh! no está ahí todavía el enemigo; oiremos el ruido de sus alas; mire vd., en una tarde de la semana última leí en mi periódico que en la Estiria, en un prado de los alrededores de Wair... ¿sabe vd. dónde está Wair? ¿Es el Tirol ó la Estiria?

—¿Qué importa? silencio.

—No tenga vd. cuidado, estoy atisvando, y cuando sea necesario permaneceré mudo como un poste. Le decia á usted que en los alrededores de Wair... Tal vez el escritor ha querido decir Wasien....

Le puse la mano en la boca: un silbido agudo se dejó oír en lo alto sobre un pico avanzado de la roca. Dos águiluchos con las alas temblonas habian ido arrastrándose hasta la orilla del pico para recibir su alimento, y sus fúnebres gritos de alegría anunciaban anticipadamente la llegada del padre, un punto negro que apareció casi inmediatamente en el subido azul del cielo y que fué creciendo rápidamente. No era un *gipacteo*. El formidable pájaro, que tuvo todo el tiempo necesario para observarlo mientras que aferrado á la orilla de la roca dejaba colgar sus alas medio desplegadas á la manera de las golondrinas de la ribera, me pareció una especie de águila nueva, menos grande que el *lemmer-geyer*, empero mas nervioso, con



Los cogedores de nidos de aguilas.

garras poderosas, pico mas oscuro guarnecido en su base de la membrana amarillenta que se llama *cira*, en lugar del pequeño ramo de plumas finas parecidas de seda que adorná al *gipacteo*. No tenia ni la mas pequeña barba debajo de la garganta, que me pareció de un color mas sombrío y mas rojo que la de el *lemmer-geyer*. En cambio los aguiluchos, con plumas hasta los talones, estaban vestidos de su plumage mas claro, y como yo sacaba la cabeza para verlos mejor, la hembra, que era una tercera parte mas gruesa que el macho, nos vió. Su ojo penetrante nos descubrió en el mismo instante y dando un horrible grito dejó caer el pescado que llevaba en su pico. Inmediatamente desaparecieron los polluelos en la hendidura de la roca, el macho se levantó hendiendo el aire con sus vigorosas alas, y la pareja irritada vino á cernirse sobre nuestras cabezas haciendo oír aullidos horribles de amenaza. No nos separamos de allí sin habernos prometido volver con armas á la mañana siguiente; pero una terrible tempestad de viento y lluvia nos tuvo encerrados en casa y no hubo medio de intentar la expedicion sino al tercer día. Fuimos bien provistos de fusiles, cuerdas y todos los aparatos para un asalto. Algunos hombres se apostaron al pie de la roca, otros subieron sobre la llanura de la cima, empero se pasó todo el día sin descubrir los horribles pájaros en que yo fundaba todas mis esperanzas científicas: su sagacidad habia aprovechado el tiempo desertando de su retiro llevándose los aguiluchos á nuevos cuarteles.

Fué tanto mas vivo mi pesar cuanto que explorando el pais durante algunos años de escursiones é investigaciones ornitológicas no hallaba la variedad á que me prometia imponer su nombre. Sin embargo, tuve lugar de convenirme cada vez mas y mas de la confusion que existe en las clasificaciones por la diversidad del plumage entre las aves de una misma especie segun la edad, el sexo y el cambio de estaciones. Creí, pues, poder hacer un servicio grande á la ciencia estableciendo y determinando aquella variacion mas, que añadiendo uno ó dos objetos á colecciones ya bastante ricas.

Difícil era la empresa. Era preciso descubrir y observar los nidos: la invisible prevision lleva á los polluelos á sitios donde tienen cuidado de ocultar su cuna, y el plumage de las hembras, que cubren largo tiempo el nido con sus alas, se confunde con el follage, con el terreno, con el tronco de los árboles, y con la roca en que están. La mayor parte son mudas, y tuve que admirar en mis investigaciones los prodigios de su instinto, y llevar sobre todo mi pensamiento enternecido hácia el que ha distribuido los dones á medida de las necesidades.

Prosiguiendo este estudio del carácter, de la vida y las costumbres de la gente alada, he visitado frecuentemente el Norte; donde viajan esos inmensos bancos de pescados, inagotable provision de escuadras enteras de diversas aves. He recorrido esas islas, esas rocas sembradas sobre el Océano, donde acuden y se refugian ejércitos de aves de rapiña y de palmípedos. Un sitio me ha dejado allí los mas dulces recuerdos, y á él se dirige mi pensamiento, como el del errante viagero se dirigí hácia el hogar donde le aguardan sus amigos. Y ese sitio es la pequeña isla encerrada y situada sobre la orilla occidental del condado de Arguile, que da su nombre de Garveloch al pequeño grupo de isle-

tas, de que ella es la mas considerable. Un mar agitado constantemente, escollos peligrosos, separan del continente aquel rincon de la tierra, donde en una humilde cabaña de pescadores he encontrado el reposo y quietud del alma, y de donde he traído un jóven y querido amigo que no me abandonará jamás.

Cuando yo pedí allí un asilo, hace muchos años, en una pequeña cabaña, sola morada en aquella vasta y aislada costa, donde me depositó una lancha que tuvo que arribar allí, porque la mar no le permitía permanecer en ella, tenia el brazo vendado, me hallaba enfermo, á consecuencia de una caída que di escalando las rocas para descubrir esos nidos, constante objeto de mis investigaciones. Fui cuidado allí con una solicitud ilustrada, firme y afable á la vez, por la hija de la casa, grande y viril criatura, delgada, pálida, y como de unos veinte y seis años, pareciendo tener casi cuarenta, y sin mas encantos de muger que la dulce y penetrante mirada, y la suavidad de los cantos, murmullos indefinidos y melodías que recordaban el gorjeo del pájaro durmiendo á sus polluelos en el nido. María, este era su nombre, era huérfana de madre: su padre, enfermo y viejo, no se separaba del hogar; y María, era la que iba á la pesca con dos de sus hermanos mas crecidos que habia educado. María, alimentaba á la familia, llevaba el peso de la casa durante el día y durante la noche, satisfecha de ser la providencia del estrecho circulo que la rodeaba. El mayor de los muchachos podria tener diez y ocho años: el menor, cuyo nacimiento habia costado la vida á su madre, y que apenas parecia de nueve años, tenia trece: aquella estraña criatura era el Benjamin de María. Inútil para las cosas de la vida, para el rudo trabajo de la pesca, ni para las labores del campo, jamás cavaba el pequeño recinto donde sembraban la cebada que proporcionaba el pan único que comia aquella familia: pero cogía y llevaba flores, y procuraba embellecer con los juegos propios de su edad aquella estraña mansion. Armado con un palo, atraía el niño por todas partes las algas, las yerbas marinas que arroja el Océano sin cesar hacia sus orillas, y que secas servían para formar sus lechos.

Fuí perfectamente recibido en aquella cabaña; algunas cajas de pájaros disecados que llevaba en mi viage, contribuyeron á estrechar nuestras relaciones. Cada vez que el mal tiempo retenia al muchacho en casa, contemplaba mis colecciones y me las veía arreglar, con una atencion infantil. Bien pronto me ayudó, y cuando pude salir, no solamente fué mi compañero, sino un guía muy útil. Descubrí entonces los preciosos talentos que tenia; conocia los nidos de los pájaros, trepaba como un gato sobre los troncos de los árboles, sobre las rocas mas escarpadas, y ponía las manos sobre el *pingoris* asentado sobre sus huevos sin hacerlo huir: parecia que les ligaba la amistad. Desde el amanecer, cuando apenas dora el sol las montañas del Lorn, el niño que se llamaba Arkias, habia ya trepado sobre sus cimas. Si me aventuraba á salir temprano fuera de la cabaña, le veía de pie sobre la cumbre de las rocas donde hubiera creído imposible el llegar, yendo á sorprender en su vuelo matinal hácia el Sur los numerosos nidos de *bombias*, que no ponen mas que un huevo, pero reproducen hasta tres veces cuando se le roba el primero. No volvía de su escursion sino con la gorra llena de huevos, los bolsillos llenos de gridon, ó polluelos de los pájaros, y mu-

chas veces trayendo estos últimos ocultos bajo su capa. En cuanto me veía al pie de su inmenso pedestal, daba gritos agudos de alegría, echaba su gorra al aire agitando sus brazos por encima de su cabeza, y nubes de pájaros de mar revoloteaban alrededor de él, como las hojas secas arrastradas por la tempestad.

Muchas veces manifestaba yo en su presencia el deseo de tener polluelos de presa entre mis aguiluchos pescadores. Arqueaba las cejas, fijaba en mí sus ojos azulados, los cambiaba repentinamente, y tomaba un cierto aire burlon, raro en él, pero que sin embargo le había notado. Hallábame por último restablecido para emprender mis escursiones en la isla, cuando una mañana muy temprano, queriendo aprovechar un hermoso día para dar un largo paseo, pregunté por mi compañerito. Arkias no estaba ya, ni al rededor de la cabaña ni cerca del arrecife donde ordinariamente cogía los *goemones*: eché en vano mi anteojo de larga vista sobre el Lorn.

Resuelto, por no tener otra cosa que hacer, á dar un paseo solitario, me eché el fusil al hombro, largo tiempo abandonado, y apenas había andado veinte pasos, cuando sentí la falta que me hacía mi compañerito. Acostumbrado á verle salvar el espacio con asombrosa rapidez, ir y volver como un perrillo, perseguir las aves salvages como otros niños persiguen mariposas, mis ojos le buscaban siempre. Desanimado causábame pena el aislamiento. Continuando sin embargo mi camino, atravesé los matorrales los tristes y pantanosos desiertos, y ¡cosa estraña! como si al sépararme de mi jóven guía hubiese abandonado de repente las regiones de los pájaros, no ví ninguno á tiro. Por último me dirigia hácia un grupo de rocas de forma estraordinaria que se aproximaban al mar, y traté de hallar una vereda intentando el trepar, reprendiéndome á mí mismo por la falta de costumbre en aquel uso, y de mi antigua intrepidez. De pronto el silencio de aquella soledad se rompió por un lamentable grito. Una especie de aullido furioso, agudo y lastimero á la vez, que me recordó el del águila de los Alpes, se dejó oír. Volví rápidamente el ángulo saliente de la roca, y permanecí helado de estupor con el espectáculo que se presentó á mi vista. En la punta de un cable, atado dos veces alrededor del tronco de un antiguo árbol, pendía encima del abismo el niño Arkias, y

una formidable águila con sus cortantes espolones, replegada sobre él, su pico de acero medio abierto, las alas tendidas, el ojo encendido y fijo, amenazaba al niño que se mecía y vacilaba en la punta de la cuerda.

En el primer momento no ví á otros pequeños insulares, cómplices de la temeridad de Arkias, dos de las cuales se esforzaban en tirar de la cuerda para subir á la cima al niño, mientras que el mas atrevido con el palo levantado, amenazaba á el águila, pero de lejos. Imposible tirarle un tiro por miedo de dar á Arkias; no tenia ni movimiento, ni podia adelantar. Debajo de sus brazos tenia dos aguiluchos; ¡aquellos aguiluchos que sabia que yo deseaba tanto! ¡Pobre niño! El pico del águila iba á destrozarle su carne, cuando se decidió á soltar uno. Me hallaba yo víctima de una angustia que no tiene nombre, y que no hubiese podido soportar un minuto mas. El águila se precipitó para detener en su caída al polluelo que revoloteaba. Respiré; los dos niños tiraban cuanto podían de la cuerda. Arkias se aproximaba ya á la orilla: pronto como el rayo volvió á aparecer el águila. Al aspecto de aquel horrendo pico que volvió á abrir de nuevo, soltó Arkias el último polluelo y pudo afirmar su pie en la roca.

Unos cuantos segundos mas tarde estrechaba yo en mis brazos al intrépido niño cazador. Es casi inútil decir, que sin tardanza volvimos á la roca con un tren mas sólido y mas fuertes auxiliares, muy bien armados. Yo mismo bajé á aquella gruta entre dos rocas, descubierta por Arkias, y pude examinar á mi placer el nido. Aquel suelo compacto, formado por capas sucesivas de palos, de cañas y zarzas, podia tener de cinco á seis pies de largo; era una verdadera carnicería rodeada de huesos emblanquecidos por el aire y el sol. Tenia que empaquetar una familia entera de presas, sobre las cuales estudié á mi placer las numerosas diferencias que se notan entre sus plumas de adulto, y el tamaño de las hembras, y entre los colores sombríos y la salvage pelusilla de sus polluelos.

Todavía tuve otro día mejor que este. Tenia mi pequeño *cogedor de nidos* de águilas, por amigo y por ayudante. El inocente había encontrado su vocacion, y su digna hermana consentía en confiármelo bajo la condicion de que, una vez al menos cada dos años, visitaríamos las águilas y las rocas de la isla de Garveloch.

ESTUDIOS DE VIAGES.

BACHARACH.

Bacharach ó Bacherach, pueblo que produce escelente vino, se halla situado sobre la ribera izquierda del Rhin á doce kilómetros mas abajo de Wingd y un poco mas arriba de Oberwesien. En frente de la otra orilla se levantan pedradas rocas cuyo salvage aspecto predispone al encuentro del *curleifelsen* que no tardará á bajar en encontrar el viajero. Lo que da una fisonomía particular á esta aldea, que hoy cuenta cerca de dos mil habitantes, es el carácter de sus antiguas casas, mas todavía que las ruinas de su iglesia de Werner ó la de los luteranos, construida en el estilo

puro bizantino. Uno de los primeros poetas de nuestro siglo, Victor Hugo, se ha divertido en trazar un agradable y vivo boceto de Bacharach, y nada podremos hacer mejor que recordarlo á nuestros lectores.

«Diriase que un gigante, mercader ambulante, queriendo tener su tienda sobre el Rhin ha cogido una montaña por mostrador y ha puesto de alto á bajo con su gusto de gigante un monton de enormes curiosidades: comienzan estas bajo la superficie misma del Rhin.

«Hay á flor de agua una roca volcánica segun los unos, una piedra céltica segun los otros, un altar romano segun los últimos.»

En la orilla del rio dos ó tres viejos cascos de navio cu-

biertos de musgo, cortados en pedazos, y plantados derechos en tierra, sirven de garitas á los pescadores. Después, detrás de estas garitas, un recinto almenado, en otro tiempo guarnecido de cuatro torres cuadradas, medio arruinadas, las mas ametralladas y espuestas á caerse que ha habido nunca: despues, contra el recinto en donde las casas se hallan, abiertas las ventanas y las galerías, y mas allá sobre la falda de la montaña una indescriptible confusión de edificios agradables, casas de campo, torres fantás-

ticas, fachadas jorobadas, escalones imposibles cuya doble escalera lleva á una torrecilla, salida allí como un espárrago sobre cada uno de los escalones, pesados postes dibujando sobre las cabañas delicados arabescos, balcones calados, chimeneas figurando chinescos y coronas filosóficamente llenas de humo, veletas extravagantes..... En este hacinamiento de casas, una plaza tortuosa hecha por los trozos de las casas caídas del cielo á la ventura, que tiene mas bahías, islotes, arrecifes y promontorios que un golfo



Casas viejas en Bacharach sobre la orilla derecha del Rin.

de Noruega. Al otro lado de aquella plaza el poliedro compuesto de construcciones góticas muy inclinadas, cual si hiciesen gestos, y manteniéndose descaradamente en pie contra todas las reglas de la geometría y del equilibrio. Por otra parte una hermosa y particular iglesia, San Pedro, con un portal calado, coronado de un alto campanario militar. Acordonado á la cúspide de una iglesia pequeñas archivoltas y columnatas de mármol negro, y por todas partes incrustada de sepulcros del renacimiento,

como un estuche de plata. Encima de la iglesia bizantina y medio arruinada, hay otra iglesia del siglo XV, San Werner, destruida por los suecos en la guerra de los treinta años, de yeso encarnado, sin puertas, sin techos ni vidrieras, magnífico esqueleto que porfia altivamente: sobre el cielo en fin, por corona, en lo alto de la montaña los escombros y ruinas cubiertas de yedra de un Shlon, el castillo de Stahlok, residencia de los condes Palatinos en el siglo XIII. Todo esto es Bacharach.